

## «Que treinta años no es nada»\*

José Sierra Álvarez  
Universidad de Cantabria

«Que treinta años no es nada...» Tal vez. Pero treinta años es mucho para una asociación de historiadores que, hace precisamente los años del tango, constituía *un campo* de estudio transversal a las más habituales escansiones epocales, sin duda para favorecer un diálogo articulado entre los tiempos cortos y las largas duraciones, entre las rupturas y las permanencias, entre las inercias y las aceleraciones; pero también para estimular una conversación fértil con otras ciencias sociales. Las actas de su último congreso, que es de lo que aquí se trata, muestran con elocuencia el acierto de aquella feliz decisión.

Ponencias y comunicaciones se agrupan en cinco áreas: «Historia y memoria de los movimientos sociales y políticos», «Los espacios de la producción y la vida cotidiana», «El género y las sexualidades», «Cultura popular, ocio e industrias culturales» y, finalmente, «Culturas, formas de consumo y espacios de la alimentación». A excepción de las ponencias (de encargo), en el agrupamiento de los trabajos, la decisión corresponde a cada uno de los autores, que define así el terreno de problemas en el que pretende que *juegue* su texto.

No es el criterio principal que aquí se seguirá. Quien ahora escribe cree advertir

\* Reseña de Santiago Castillo y Jorge Uría González, *Sociedades y culturas: treinta años de la Asociación de Historia Social. Actas del IX Congreso de Historia Social de España*, Gijón, Trea, 2020.



algunos hilos que a veces escapan a ese *dé-coupage* para hilvanarse de otros modos: resulta que los textos, una vez fijados, coleccionados y reunidos en un volumen, hablan entre sí.

Algunos, en efecto, ubicados en varias secciones, remiten a una **historia del periodismo** y de los periodistas. Es el caso, desde luego, del trabajo de González Cubillán sobre la prensa integrista en el Gijón del entresiglos, en el que se enfatiza la condición extravagante de la minoría activista católica en una «ciudad roja», y en el que se confirma con claridad aquella estrategia

eclesial general hacia la «re cristianización» de España encomendada muy especialmente a los jesuitas, responsables también de su progresiva evolución, ya en el siglo XX, hacia el catolicismo social y el sindicalismo amarillo. Como si de una prolongación en el tiempo se tratase, la contribución de José Luis Agudín sobre *El Cruzado Español*, con una vida corta (poco más que el segundo semestre de 1929), permite saber algo más de aquella pulsación profascista que, como las agresiones de los legionarios del *Doctor Albiñana*, se abrieron brecha en las ruinas de la dictadura del general Primo de Rivera, anunciando ya lo que habría de concretarse con la fundación de Falange Española.

Si ambos trabajos, además de a la historia del periodismo, se remiten también a esa problemática historiográfica de desgraciada actualidad que es la del activismo reaccionario, sólo de interés periodístico resulta ser la comunicación en la que Rebeca Viguera y José Miguel Delgado nos dan a conocer *Rioja Industrial*, vivo entre 1920 y 1969 en Logroño, una publicación de una calidad gráfica inusitada en una ciudad mediana y cuyo interés general no menor reside en llamar la atención del investigador acerca de los anuncios como fuente de información histórica. Por su parte, el trabajo de Javier Fernández sobre *El Progreso de Asturias*, publicación periódica de la colonia asturiana en Cuba entre 1919 y 1960, se centra en el examen de las crónicas, a través de tres cortes cronológicos (primeros años 20, Guerra Civil y muy primeros tiempos de la revolución castrista), lo que permite confirmar el predominio de los relatos de actos festivos de sociabilidad de aquí y de allá, de *acá y acolá*, nativo y migrante.

**Sociabilidad**, ¡ah!: Un campo de problemas histórico-sociales que, a pesar de su innegable interés científico, ya no parece estar *à la page*, lo que quizá sea pre-

cisamente indicador de su éxito, al haber pasado a formar parte del sentido común historiográfico y de la práctica habitual de los historiadores sociales españoles. La formal o asociativa, ya muy balizada tras el trabajo minucioso de varias décadas (y en parte por algún otro congreso de esta misma asociación), se hace poco presente en este volumen de actas, aunque lo hace, sin embargo, con una brillantez abrumadora. El trabajo de Arnabat sobre «los ateneos y la cultura popular en la Cataluña contemporánea» se apoya, en efecto, en una miríada de investigaciones previas (muchas del propio autor) de diferente rango espacial y temporal, lo que lo convierte en una suerte de *balance y perspectivas* para más algo más de un siglo (1834-1939). Se trata además de un acercamiento cuantificado a la escala de Cataluña en su conjunto (y algún vistazo comparativo estatal, lo que permite confirmar la especial densidad del fenómeno catalán), pero también desglosado por regiones. Un trabajo que queda, que ahí queda.

Casi un siglo también, de 1840 a 1936, es el tiempo en el que se sumerge la colaboración de Artola San Miguel sobre los espacios de la sociabilidad popular en Tolosa. En la estela de los trabajos de Jorge Uría o, en el mundo vasco, de Félix Luengo, las variaciones tipológicas y espaciales de sidrerías, tabernas y billares son estudiadas en una villa industrial y no capitalina. El largo tracto temporal permite al autor discutir la hipótesis de la creciente periferización urbana de tales ámbitos de sociabilidad informal, válida tal vez para ciudades grandes y medianas, como habrá de verse más adelante. Los «escenarios» de la sociabilidad republicana al aire libre de calles y campos, por su parte, son estudiados por Sánchez Collantes en las Asturias de 1868 a 1914. Lo hace con fuentes primarias muy abundantes (y con una lectura afina-

da y penetrante de otras), lo que le permite rastrear el crecimiento de la visibilidad femenina e infantil desde los primeros años del Novecientos.

En el cruce de los campos de la sociabilidad y de las estrategias de encuadramiento franquista de las clases populares, se ubica la aportación de Martín-Antón sobre la red de teleclubs establecida en 1957. El asunto es sugerente, por lo que cabe esperar una profundización al respecto, especialmente si se considera que los espacios rurales habrán de experimentar su más intensa desarticulación y desvitalización poblacional desde la década siguiente. Si hay vínculo entre éxodo y el espejo de deseo que hubo de significar el acceso a la televisión es cosa que sólo podrá morderse con entrevistas en profundidad.

No busque el lector aquí una gran cosecha acerca de la **historia del reformismo social**: un serio y muy documentado trabajo de Díaz Álvarez acerca de las obras pías de la casa de los condes de Toreno en la Asturias del Antiguo Régimen, en el marco de las políticas de pobres, del sostenimiento de escuelas y de las dotes para mujeres (¡al parecer desviadas en muchos casos a miembros de la propia casa!); una intervención (¿más?) acerca de las raíces krauistas del pensamiento social y político de Gumersindo de Azcárate (pero no acerca de las bases económicas de su familia y, muy especialmente, de su padre Patricio, de las que seguimos sabiendo demasiado poco), a cargo de Solana; y un fértil y fino trabajo, el de Iturralde, sobre los marcos perceptivos, discursivos y analíticos que el higienismo y la *economía social* edificaron para afrontar el trabajo infantil en la España anterior a la Ley Benot de 1873.

Por su parte, la **historia del movimiento obrero**, aquel viejo-nuevo tópico en la agenda de la Historia social, no parece concitar demasiados enamoramientos

intelectuales, lo que quizá posea un valor sintomático y, si se quiere, de trazador historiográfico. Nuevas fuentes, sin embargo, han permitido (o habrán de permitir) aportaciones de interés evidente. Es el caso de la presentación del fondo documental de «memorias subalternas» que va reuniendo el Centro de Estudios del Atlántico, a partir de registros policiales y de colecciones particulares y asociativas de Canarias en la segunda mitad del siglo XX. Es el caso también de la revisión de las actas del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España a propósito de la polémica Claudín-Semprún desde 1964, a cargo de Sánchez Iglesias. Otra revisión, la de González Pérez, aborda el difícil trance que, para la Confederación Nacional del Trabajo, hubieron de significar los años de la Transición, con una inesperada utilización (o mención al menos) de la noción *halbwachsiana* de «memoria grupal» o colectiva.

La memoria (o las memorias), así como la aproximación biográfica y prosopográfica a la tipología y los itinerarios activistas, constituyen también la vía privilegiada de acceso a otro campo en esta región de problemas: el de esas **culturas militantes** en las que, para el mundo comunista, Francisco Erice ha venido abriendo brecha luminosa y comprensiva. Así, el trabajo de Navarro constituye un avance de pesquisa que se da como objeto la reconstrucción de la peripecia vital de Higinio Noja Ruiz para acercarse al estudio de la cultura libertaria levantina en el siglo XX. Y, por su parte, Asensio se apoya en las informaciones orales del Fondo Seguí para estudiar en detalle la cultura militante y la conflictiva dinámica interna del *corto verano de la anarquía* en la aventura colectivizadora vivida por la localidad valenciana de Pedralba entre 1936 y 1939.

Y también de memoria y culturas militantes trata la ponencia de Pere Gabriel

que formula la pregunta acerca de si el movimiento obrero español anterior a 1917 se dotó acaso de «un relato propio y específico», de «alguna memoria acumulada de su tradición e historia». En una suerte de agenda apretada, son convocados aquí «símbolos e iconografías», rituales, aniversarios y conmemoraciones. Sorprende el predominio abrumador de referentes extranjeros en detrimento de los propios (Comuna de París, Primero de Mayo desde 1890, Revolución Mexicana desde 1911-12), no menos que la muy limitada presencia de conflictos huelguísticos y, en general, obreristas. Se identifican igualmente, sobre todo en corrientes anarquistas, algunos intentos de incorporar luchas españolas al acervo general, fuesen los sucesos de Alcoy (1873), los de la Mano Negra (1883), el Asalto a Jerez (1892) o fuesen, ya en el Novecientos, los procesos represivos de Montjuich (1896) o la barcelonesa Semana Trágica (1909),

Con su trabajo acerca de los aprendices en la Segovia de la segunda mitad del siglo XVIII, Velasco inaugura cronológicamente un ramillete corto pero sustancioso de investigaciones de **historia del trabajo** y de las relaciones laborales. A partir de las abundantes, magníficas y esforzadas fuentes notariales, y al amparo de las sombras acogedoras de García Sanz y de la nutrida estela de Nieto, Barahona y, en general, del Taller de Historia, el autor identifica los patrones y modalidades de los contratos de aprendizaje, al tiempo que destaca el lugar crucial de los aprendices en las estrategias de los maestros orientadas a la contención de los salarios de los oficiales, generadoras de conflictos intraobreros de alcance. Espuny y Paz, por su parte, documentan con rigor y finura las bases de trabajo de los Jurados Mixtos en época de la Segunda República; y lo hacen desde una mirada de género al centrarse muy espe-

cialmente en una rama, la de las industrias de alimentación, altamente feminizada.

Las otras dos comunicaciones en este campo se instalan en la historia del Franquismo, de cuyas relaciones laborales vamos sabiendo más y más por fortuna. Ambas comparten una mirada especialmente atenta a las estrategias patronales o, si se quiere, al *neopaternalismo* industrial. La primera, la de Marín dedicada a la Sociedad de Enfermos de la vitoriana fábrica de naipes de Fournier (en realidad creada en 1883) reposa sobre fuentes suficientes y, al tiempo, sobre una excelente bibliografía, lo que le permite abordar discusiones generales al respecto de ese paternalismo franquista. Es también en ese marco, y también con excelentes fuentes (revistas de empresa, prensa general y materiales de archivo), en el que se ubica el trabajo de Cueto sobre el control del ocio obrero por medio del deporte en la industria cántabra de los años 50 y 60. La inusitada frecuencia de esas prácticas patronales (pero también las de la Obra Sindical de Educación y Descanso, el *dopolavoro* hispano) hace que el trabajo de Cueto constituya al tiempo una aportación sustantiva a la historia del ocio en Cantabria.

A caballo de la historia del trabajo y del movimiento obrero y de la **historia de las mujeres**, se ubica el trabajo de González de Arriba acerca de «las relaciones de género dentro del movimiento obrero». El asunto, bien arropado por una indudable voluntad de teorización, se apoya en entrevistas a trabajadoras del textil asturiano desde los años 60, en un contexto de declive industrial que toma felizmente al conflicto como «motor de análisis».

Se toca tierra igualmente -¡muchal!- en la investigación de Hanicot-Bourdier acerca de las «mujeres pecadoras» vizcaínas que, en los siglos XVII a XIX, hubieron de enfrentarse a tribunales civiles por acusaciones de infanticidio y exposición de ni-

ños. Para ello, ha sido necesario tocar mucho papel: nada menos que 57 procesos. La atención pormenorizada a las deposiciones testimoniales permite la autora identificar la abrumadora frecuencia de mujeres indigentes, al tiempo que atisbar un rasgo de cultura comunitaria y plebeya de extraordinario interés historiográfico: la nada rara indulgencia vecinal, expresada en negativo, es decir, como *omertà*.

Martín García, por su parte, ha sabido articular grandes cifras con estudios de casos particulares a la hora de observar en tiempo medio (siglos XVIII y XIX) la huidiza figura de las nodrizas de expósitos, la elevada mortalidad de las criaturas amamantadas y criadas y el papel de los ingresos procedentes de ese servicio en los presupuestos familiares campesinos, decreciente en el tiempo.

Los documentos de contabilidad del convento de carmelitas descalzas de Córdoba en el Antiguo Régimen sirven de base informativa al esforzado intento de Gómez Navarro para estudiar la espacialidad de las internas; los espacios, en efecto, son identificados, pero poco más que nominalmente, sin alcanzar al uso cotidiano que de ellos se hacía, algo que la fuente no parece permitir.

Si del estudio de las cosas pasamos a la hermenéutica de las palabras y los discursos, el lector accede en este libro a una amplia y brillante baraja de trabajos de **construcción discursiva de los géneros**. El grupo nucleado en torno a Rosa Cid nos entrega sus hallazgos deslumbrantes para Edad Antigua. Tomando pie en un sólido trabajo de crítica de fuentes escasas por definición, Rubiera intenta, con prudencia y discreción encomiables, la construcción de un sujeto histórico: la infancia esclava. Desvela y razona sus pasos: una batería de criterios *escalonados* que, partiendo de una identidad central, la del varón libre, va

conduciendo, a través de una suerte de destilación fraccionada (grupo social, género, edad), al sujeto: los niños y niñas que conforman «los márgenes de la esclavitud».

Es Antonio Duplá quien, en su abarcante ponencia acerca de la plebe en la Roma republicana, señala el carácter historiográfico general (y hasta cierto punto inescapable) de ese itinerario por exclusión: sería *plebs* todo aquello que no era otra cosa, casi como habría de ocurrir, más de un milenio después, con las entretenidas acrobacias primiburguesas de mediados del siglo XIX español, que remitían en muchos casos precisamente... a los supuestos *precedentes* romanos de los latinistas de entonces. No deja de sorprender que las dificultades de categorización interna de la plebe fuesen similares, combinando criterios económicos con otros morales o culturales: *plebs* íntegra / *plebs* sórdida (o ínfima), pueblo honrado / plebe asquerosa. Pero la ponencia de Duplá va mucho más allá de aquello por lo que ha sido invocada aquí. Se trata, en efecto, de una aportación que reconstruye los principales «hitos historiográficos» en la materia desde los años 60, en conversación siempre con las teorías sociales de la acción (Tilly y demás). Se llega así a «la conciencia de la existencia de una plebe como sector social con una cultura diferenciada de la de las élites, con un imaginario, unas prácticas sociales y una tradición política propias». La violencia política de época tardorrepública, la que tanto interesase a Bertolt Brecht, es el campo de fuerzas en el que Duplá contrasta esas formulaciones.

Volvamos al género, a la construcción del género femenino. Guantes deconstruye con paciencia y precisión la leyenda de Cloelia, un *exemplum* con heroína, es decir, de protagonista femenina. Si todo ejemplo tiene valor de construcción de «patrones de comportamiento» (sea en positivo, como modelos a los que tender, o sea en negativo, como

conductas censurables de las que huir), la *virgo* Cloelia pasaría a convertirse en heroína por la adopción ocasional de rasgos de *vir*, por lo que la autora apunta la hipótesis de que el relato fuese destinado preferentemente a varones (si hasta una mujer fue capaz de...). Algo parecido aborda Méndez a propósito del icono de las mujeres espartanas que hubo de construir Plutarco en sus *Vidas y Moralia*. La confrontación entre el relato y otras fuentes no narrativas cuestiona, en efecto, la heroica y optimista imagen de *superwomen* que les atribuyese el beocio de Queronea, persistente hasta hoy.

Contraste es también el arma de análisis que emplea con tino González Estrada a la hora de abordar la construcción de femineidad en la Roma antigua. Contraste, sí, entre el (mero) discurso mitológico (textual o iconográfico) acerca de las diosas y, en otro plano, la realidad de los cultos (matronalias, nonas caprotinas), en los que parece haberse hecho presente una mezcla de clases sociales y, lo que es tal vez más significativo, de sexos. La tensión se juega, pues, entre divas (imaginarias) y devotas (realmente existentes).

Epocalmente más acá, la ponencia de María Jesús Fuente sitúa en sus términos a la Edad Media como el tiempo de «consolidación y legitimación de las ideas sobre género y sexualidad que han pasado a la posteridad», y que aún nos habitan. Lo hace a partir del «diálogo» entre literatura y legislación y, en menor medida, de fuentes iconográficas. Así, el trabajo recorre no pocos escritos de autora, habitualmente monja, necesitados siempre de una apelación expresa a la «modestia», como pie forzado de salir al paso (o de ponerse el paño antes de la herida esperable) del atrevimiento por parte de mujeres sujetas al imaginario patriarcal de la condición femenina como privada de inteligencia; pero recorre también algunos procedimientos judiciales que

permiten entrever conductas transgresoras en materia de comportamientos sexuales. Importa destacar el clivaje clase / género que señala Fuente: las mujeres nobles y las clérigas parecer haber podido cuestionar algo la construcción genérica, mientras que a las mujeres de clases populares no les debió quedar otra posibilidad que acatarla, es decir, penarla: pagar jurídicamente.

La sorda permanencia en el tiempo de los marcos medievales que apuntaba Fuente se ve corroborada por otras dos pesquisas. Irisarri presenta un muy documentado análisis en paralelo de los discursos religiosos y médicos acerca de las identidades femeninas en la España de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Ciertamente, como en otros casos, los discursos suelen darse por objeto, bajo la etiqueta genérica de mujeres, a mujeres burguesas y, todo lo más, pequeñoburguesas. Es por eso por lo que pudiese resultar de interés la confrontación entre discursos y prácticas reales de ambas profesiones, fuesen clérigos (por ejemplo, ¿dónde están los manuales de confesión en los que se formaban?) o fuesen médicos, precisamente en unas décadas, las del entresiglos, en las que se abre una sorda pugna de poder entre los primeros y los segundos, especialmente los forenses, que encontraban en la recepción española de la criminología positivista una pátina de cientificidad en los procesos judiciales contra mujeres, burguesas y, sobre todo, pertenecientes a las clases populares. Y más acá aún, la colaboración de Guillén sobre la concepción de la sexualidad femenina en los años de la Segunda República y la «involución» franquista en la materia destaca la floración discursiva y de derechos en el primer caso (divorcio, voto, equiparación laboral, un cierto auge de la prensa y de la edición sobre sexualidad de las mujeres), cancelada con siete llaves por la brutalidad experta de gentes de memoria tan triste y sombra tan

larga, tan larga como Vallejo Nájera y otros psiquiatras y antropólogos bebedores hasta la embriaguez de los vinos nazis.

Los estudios de género y de construcción social de identidades sexuales se cierra con la ponencia de Francisco Vázquez sobre el tratamiento discursivo de la pederastia clerical en la prensa republicana del tramo final del siglo XIX y primera década del XX. Conocedor como pocos de la historia de la prostitución (y de su gestión pública), explorador (con el hispanista Cleminson) del difícil terreno de la homosexualidad masculina, escurridiza como una trucha, Vázquez ha movido aquí 155 casos periodísticos de curas con conductas pederastas y, más concretamente, de la despepitada campaña desplegada al respecto por la prensa republicana radical y, sólo más adelante, anarquista y socialista. En ella, ha podido detectar lógicas argumentativas de naturalización del fenómeno, amparadas muchas veces en la literal estupidez ahistórica del positivismo sicológico de la antropología criminal; pero ha sabido también, con herramientas procedentes de la interseccionalidad y la hipótesis de la identidad como *maraña*, señalar la articulación del *estetismo* con las dinámicas más generales de construcción del género y de edificación de la nación (el cura pederasta, por su acceso educativo y pastoral a los niños y adolescentes, sería «enemigo biológico de la nación y de la raza», es decir, de los soldados). A esa luz, se abre toda una vía de reconsideración de las políticas de gestión de algo que seguimos denominando *la infancia*, como si necesariamente fuese lo mismo, en términos de objeto científico, que los niños y niñas realmente existentes, escurridizos como anguilas.

De algún modo, las aproximaciones discursivas a la construcción social del género son (también) **historia cultural**, ese campo que adquiere en este congreso una relevan-

cia especial. Al respecto, no puede ser casualidad que el evento se haya celebrado en Oviedo. Su universidad, en efecto, reconocía en el marco del congreso, nombrándolo doctor *honoris causa*, la larga trayectoria de Peter Burke, uno de los maestros indiscutidos en el campo, como Uría pudo demostrar con precisión, conocimiento y contención en la *laudatio* preceptiva, también impresa en este libro. El propio Burke pronunció una ponencia tan breve como cargada acerca del asunto, especialmente en lo que se refiere al estudio de las culturas populares. Hacía papel de actor preclaro, por supuesto; pero también de testigo, lo que, con una mirada desde dentro y, al tiempo, desde fuera, hubo de permitirle una aproximación sustantiva al proceso historiográfico de configuración del campo desde 1959, lo que denomina «redescubrimiento» de las culturas populares tras el precoz interés al respecto de algunos estudiosos del proto-romanticismo alemán y, más tarde, del romanticismo europeo en general.

Y tampoco es casual el escenario ovetense si se considera la trayectoria y, si se quiere, *apostolado* benéfico, del propio Uría y, en general, del Grupo de Investigación en Historia Sociocultural de aquella universidad. Su ponencia, documentadísima, tiene un alto valor historiográfico al abordar las lógicas de fondo de las dificultades (y resistencias) de la recepción española de la Historia cultural desde finales del siglo pasado. Unas dificultades que, se señala, son en ocasiones intrínsecas -y, por tanto, generales- a la delimitación conceptual del asunto mismo, especialmente por lo que hace a la noción de popular (¿cómo acotar la noción de cultura?, ¿cómo hacerlo con *lo popular*? y, sobre todo, ¿cómo articular ambos espacios?); pero que, en el caso español, se han visto acrecentadas por la dominancia de un marxismo estrecho en la Historia social académica de las décadas franquistas de

los años 60 y 70 y, más tarde, por una débil y fragmentaria recepción de las agendas foucaultiana y thompsoniana, empleadas aquí a manera de trazadores selectos. Sobre la base de ese diagnóstico, el autor dibuja un valiosísimo estado de la cuestión de la Historia cultural española, también afectada por el *giro discursivo*, al tiempo que nos recuerda la necesidad de abordar la tríada de los *cultural studies*: la producción, la mediación y la recepción de los discursos.

De producción, y sólo ello, trata el erudito trabajo de Fernández García acerca del frustrado *Diccionario universal* que el tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado emprendiese en la segunda mitad del siglo XVIII, a caballo de los *novatores* tardíos y de los tempranos enciclopedistas. Rodríguez Calleja, por su parte, informa de las veladas teatrales celebradas con ocasión del Primero de Mayo entre 1890 y 1914 (lo que, de alguna manera, prolonga la pesquisa de Gabriel), con un tratamiento pormenorizado de las que tuvieron lugar en Barcelona y Mataró.

A la producción y difusión cultural en la Contrarreforma, se acerca la pesquisa de Velasco sobre las relaciones de sucesos, entendidas como punto de engarce de estrategias políticas, propagandísticas e identitarias (el autor traza un análisis monográfico de uno de esos relatos, en el que advierte una nítida construcción de la alteridad musulmana). Los problemas derivados del trato con tan difíciles fuentes son abordados con ambición (la noción habermasiana de *espacio público* sobrevuela todo el trabajo), e identificados quedan los registros esenciales. Como en el caso de las aleluyas o los papeles de ciego, queda por saber, claro, todo lo referente a la distancia entre el papel escrito y la voz que lo leía (¿o representaba?) en la fase de recepción callejera del producto.

Y precisamente de este tracto, el de la recepción, trata la documentadísima colaboración de Ureña acerca de las lecturas de

las asturianas burguesas del siglo XIX (o al menos de los libros de que disponían, pues la pesquisa de apoya en un buen corpus de inventarios *post mortem*). La admirable comparación al respecto con las mujeres parisinas coetáneas demuestra que éstas no eran menos devotas ni menos dadas a la lectura de entretenimiento.

Todavía en el campo de la Historia cultural, pero en una región del campo más atenta a la etnografía y la antropología cultural (como bien advierten Burke y Uría), se adivina en este volumen un hilo prometededor que, de diferentes maneras, coinciden en darse **la fiesta** como objeto de análisis histórico-social. Hay elementos de ello en algunos de los trabajos referenciados como de sociabilidad informal. Pero hay tres que la abordan de un modo más específico. Uno, el de Berriochea, aborda la supresión de una fiesta: la del toro ensogado de San Sebastián en 1902, generadora al parecer de actos tumultuarios y, sobre todo, de un amplio debate social público y publicado. Tiene pinta de poder servir de contraste para el estudio de otras prohibiciones y supresiones. Por su parte, la colaboración de Con Redondo acerca de las «atribuciones culturales y patrimoniales» de la sidra en Asturias despliega un interesante aparato teórico de procedencia antropológica para abordar la noción de patrimonio cultural. Y, como si fuese un programa, «apuntes metodológicos» es el subtítulo que Antuña da a su trabajo sobre la fiesta popular, en el que una excelente síntesis teórica, que no rehúye las dificultades de articular en este campo la larga duración con los tiempos cortos, deja balizada una pesquisa, centrada en el último cuarto del siglo XX asturiano, acerca de los procesos de aculturación, hibridación y mercantilización que parecen apuntar hacia la conversión de la fiesta en espectáculo.

Sólo hasta cierto punto cabría incorporar aquí (por su relación con la historia del con-

sumo) el trabajo de Almazán sobre el temprano arranque de las estrategias empresariales de mercantilización de la fiesta de Reyes a través de los formularios impresos de cartas infantiles a los Magos, pero obviamente destinadas a los padres. Hay ahí una aportación de interés a la historia de la publicidad del juguete en España.

En el congreso de Oviedo (y en este libro), hubo también una sección que acogía expresamente trabajos acerca de **historia social y cultural de la alimentación**, asunto abordado hasta ahora desde sobre todo la Demografía histórica y la Historia económica. Arropadas por una un tanto vagarosa ponencia de Pascal Ory acerca de la invención y eclosión postmoderna del vegetarianismo, y por otra de María Ángeles Rodríguez Sampedro sobre la distinción social o las maneras de mesa en la tratadística española de Edad Moderna, las comunicaciones, como cabía esperar en campo tan tierno, resultan de una apreciable variedad. El lector encontrará ahí una excelente monografía de empresa, como la presentada por García Álvarez acerca de Sidras Trabanco, actuante en Asturias desde los años 20 del siglo XX, en que arranca con una orientación doméstica y artesanal, hasta que la ampliación de la capacidad productiva y la expansión del mercado parecen haber obligado a una sustancial reorganización de la fabricación y del trabajo (también agrario, y no sólo industrial). Las implicaciones de ese proceso en materias técnica, organizativa y ecológica (sí: aquellas a cuyo estudio nos convocase hace tiempo Josep Fontana) son desgranadas en la muy documentada y ambiciosa pesquisa de Castro acerca de la evolución en tiempo largo del sector de la miel de palma en Chile, desde un modelo comunitario y sostenible en épocas indígena y colonial, a otro, el republicano, asentado en la apropiación de palmares en grandes haciendas y en la orientación decidida hacia los mercados nacional e internacional.

Pero también aquí, en torno a la mesa y las cosas del comer, se hace presente la mirada antropológica. Es el caso de la excelente y minuciosa investigación que, con documentación judicial *dura* y prolija, Álvarez Delgado desarrolla acerca de la comensalidad como expresión de (pero también como arma o instrumento en) el juego de continuidades y rupturas de las rutinas de poder inter- e intrafamiliares de una casa fuerte del concejo asturiano de Tineo en época primimoderna. La otra pesquisa, la de Afinoguenova, cae de lleno, como es habitual en otros trabajos suyos, en lo que tendemos a llamar *cultural studies*. Apoyándose en documentación muy precisa y abundante, y tomando pie en el cine español de época desarrollista, la autora reconstruye el proceso de construcción de lo que llama *gastrocracia*, a saber: la estrategia que resulta de la articulación de programas gubernamentales de fomento del turismo y de invención cultural de una supuesta tradición gastronómica española. Cuando en el imaginario filmico lo cárnico se hace carnal, y la proteína sexo, es precisamente cuando el éxodo rural está desventrando los hábitos de la ingesta popular. Y es quizá desde ese marco complejo de lectura como mejor puede entenderse la participación de un periodista gastronómico alicantino en la construcción de una «identidad culinaria» específica (no es posible saber si incluso una «semiótica de la alimentación»), que constituye el objeto de la colaboración que presenta Antón.

La vida cotidiana de los de abajo permea también un puñado de trabajos que, insertos formalmente en varias secciones, van a ser englobados aquí bajo la etiqueta de **Historia social urbana**. Abre la marcha la ponencia presentada por un equipo de seis investigadores encabezados por José Luis Oyón que versa sobre «la suburbanización de la clase obrera: Vivienda, inmigración y

movimientos sociales en el área metropolitana de Barcelona» entre 1918 y 1975. Es mucho más que lo que, a fuerza de concreto, sugiere tan modesto título. Con mirada larga, con esforzadas fuentes primarias de extraordinaria precisión y elocuencia (padrones de habitantes, precios de alquileres espacialmente muy desagregados), el trabajo se sitúa expresamente en el *giro espacial* que se percibe *de facto* en algunas otras colaboraciones del libro: «El espacio urbano, la ciudad cotidiana se proponen en este texto como variable explicativa» (y no ya como mero escenario) de la identidad y la acción sociales, cruzada esa variable (centro, primeras periferias o «pueblos del llano», y segundas coronas metropolitanas) con la de categorización obrera (trabajadores cualificados o de oficio y jornaleros), con la de naturaleza (catalanes y *charnegos*), con la de distancias domicilio-trabajo y, cuando las fuentes lo autorizan, con la de mayor o menor rotación habitacional. El lector cree tocar tierra ahí, cree estar asistiendo a la identificación de las realidades materiales de la experiencia thompsoniana o del *habitus* bourdiano.

Al menos en parte, son problemas científicos e historiográficos que se encuentran igualmente en la base de las comunicaciones defendidas por el muy consolidado grupo de investigación en Historia urbana de la Universidad Complutense, usuario también de las muy precisas fuentes padronales. El trabajo de Rubén Pallol sobre «la lucha por la respetabilidad en el espacio urbano» en el Madrid del primer tercio del siglo XX se centra aquí, en la estela de otras pesquisas suyas, en las regulaciones urbanísticas y sociales y en los debates y políticas sobre prostitución; pero resume igualmente algunos de los marcos conceptuales que sostienen al propio grupo: «modernización urbana», «desborde social» (o incapacidad pública para gestionar

los rápidos procesos de crecimiento urbano) y «disrupción cultural» en materia de consumo cultural y ocio de masas. La colaboración de Cuartero sobre el Getafe del mismo período parece prolongar a la corona industrial-metropolitana el modelo de análisis del grupo. Por su parte, la comunicación de Bohígas sobre el barrio de Las Cambronerías entre 1868 y 1930, ahonda en los trabajos de Vicente Albarrán sobre el Ensanche Sur de la ciudad, con especial atención a la construcción discursiva de un «imaginario heterotópico» por parte del Madrid burgués, muy Eugenio Sue, muy *Los misterios de...*

Y otras dos comunicaciones cierran marcha urbana tan brillante. La primera es la de San Andrés sobre los espacios de sociabilidad popular en la Guadalajara isabelina. Hay en ella, en la consideración de cafés, tabernas, casinos, plazas, parque y jardines, un cierto intento teórico de sobrepasar la noción de simple escenario, por más que los asuntos de ornato tuviesen una apreciable importancia en las estrategias políticas de consolidación de la ciudad como capital provincial (como, con carácter general, hubiese puesto de relieve Francisco Quirós hace ya años, cierto que desde la Geografía histórica urbana). Los espacios de sociabilidad, pero también de solidaridad, supervivencia y resistencia de las mujeres de clase baja en el Poble Sec de época franquista nos son traídos por Velo por medio de entrevistas. La metáfora de las capas de cebolla, que Caro Baroja propusiese para el género biográfico, muestra aquí su utilidad narrativa: vivienda, inmueble, vecindad y barrio.

Discursos y realidades, pues; identidades y condiciones. Bien: palabras y cosas o, con Foucault, las palabras y las cosas. A veces, más de lo uno; otras, más de lo otro. «Que treinta años», los que en Oviedo cumplía la Asociación de Historia Social, «no es nada...» ¿O sí?